

HERNÁNDEZ, Francisco Javier (1994): *Y ese hombre seré yo*.

La obra de F. J. Hernández presenta, de entrada, un gran interés por tratar el tema del discurso íntimo, que, como bien dice el autor, está en plena eferescencia en la actual sociedad occidental, hecho que se refleja tanto dentro del ámbito literario como en los medios de comunicación. El subtítulo *La autobiografía en la literatura francesa* sugiere, por su amplitud, un estudio enormemente sintetizador, al tener por objeto una materia compleja e inabarcable. Veamos cómo desarrolla el autor tan ambicioso proyecto.

Atendiendo a su estructuración externa, la obra consta de ocho partes, además de los capítulos de introducción, bibliografía y de un capítulo (el VII, en el libro) compuesto por veinte principios o finales de escritos autobiográficos clásicos. El primer capítulo (II del libro) consiste en un recorrido histórico por las manifestaciones más significativas de la literatura intimista. Siguen dos capítulos (III y IV) que repasan, también en orden cronológico, los principales estudios críticos publicados sobre el tema. Los cuatro siguientes (V, VI, VIII y IX del libro) están centrados en distintos aspectos de toda obra autobiográfica desde un punto de vista genético, formal y de contenidos. Concluyen el trabajo dos análisis sobre las respectivas obras autobiográficas de Rousseau y Stendhal.

El primer capítulo se abre con la cita del primer párrafo de las *Confesiones*, del que se ha extraído el título de la obra. Hernández comenta el error de Rousseau al pensar que no tendría seguidores; reconoce en este autor al inventor de la autobiografía, y expone a continuación las características básicas de los géneros próximos, desde las confesiones religiosas y las memorias hasta las manifestaciones extraliterarias de nuestra época (*reality shows*, *memorias* o *autobiografías* de famosos escritas por terceras personas, etc.).

Los dos capítulos siguientes están dedicados, como hemos dicho, a las relaciones de la crítica literaria con la autobiografía. Ya en la introducción, F. J. Hernández se declara seguidor de G. Gusdorf y J. Starobinski por su acercamiento *humano* a las obras, frente a la crítica formalista, de la que manifiesta ser detractor acérrimo en múltiples ocasiones por considerar que ésta aborda la escritura autobiográfica desde una perspectiva puramente textual, olvidando que se trata de una práctica vivida por una persona, como dice Gusdorf. Hernández es partidario de la psicocrítica, a la que relaciona de modo especial con la autobiografía por el carácter de exploración introspectiva que supone este modo de escritura. El capítulo IV se centra en la obra de

Philippe Lejeune, de quien toma nuestro crítico la definición primera de autobiografía, sin por ello dejar de manifestar repetidas veces su disconformidad con todo intento de clasificación al estudiar una obra artística, única e irreductible a un tipo. De este modo, se muestra reacio a un estudio genético de la autobiografía, sin aceptar la diferenciación tradicional entre ésta y las memorias o el autorretrato. Aparece a continuación el reconocimiento de la función autobiográfica que ha asumido la literatura moderna, y se alude al concepto de *espacio literario* de Lejeune, para concluir el capítulo volviendo a la afirmación de la necesidad de estudiar la autobiografía como acto literario y de no centrarse en vanos intentos de clasificación.

Sigue una parte dedicada al propósito de ser sincero que todo autobiógrafo muestra al comienzo de su obra. Subraya el autor lo imposible de la realización de esta intención, ya sea por un exceso de autoestima, o por lagunas de la memoria... Termina diciendo que lo importante no es el carácter verídico de lo narrado, sino el testimonio humano latente en el escrito.

A continuación, y tras constatar una vez más la gran variedad de formas y contenidos de los escritos autobiográficos, se extiende el autor, siguiendo a G. May, en la intencionalidad del autobiógrafo. Subraya la gran variedad de móviles posibles, desde los externos, sociales (caso de *Las Confesiones* de Rousseau) hasta los interiores del individuo<sup>1</sup>. Sigue un apartado sobre las posibles voces del discurso íntimo, con una cita de Gérard Genette en la que éste puntualiza que el escritor elige la voz que utiliza en función de actitudes narrativas y no de formas gramaticales. Llegamos ahora a una parte consagrada a la cuestión temporal. Se hace alusión al necesario desfase temporal del autobiógrafo, que provoca la coexistencia de varios narradores en la obra y, habitualmente, un sentimiento incómodo por parte del autobiógrafo ante el contacto con su antiguo yo. El crítico explica la técnica del monólogo interior como una consecuencia de la imposibilidad para algunos de ordenar y reproducir el pasado. Tras mencionar brevemente la posibilidad de no seguir en el discurso autobiográfico el orden cronológico, sino el de las asociaciones personales del autor, Hernández vuelve a afirmar que toda la teoría es poco pertinente si no se tiene en cuenta la naturaleza humana causante del discurso.

Pasando a los temas tratados por los autobiógrafos, encontramos un capítulo dedicado a las personas, lugares y libros que, en general, influyen en

---

<sup>1</sup> A este respecto sería ilustrativa la obra que K. J. WEINTRAUB dedica al estudio de la autobiografía, *The value of the individual*, publicada por la Universidad de Chicago en 1978 (en español, en 1993, editorial Endymion), que asocia la intencionalidad del autor a la función ontológica de la escritura.

estos escritores y que suelen aparecer reflejados en sus obras. El papel de la infancia, el conflicto con la figura paterna, el aislamiento, la precocidad en la lectura...

Termina la parte teórica con un capítulo titulado *La forma entera de la humana condición*, que, tras distinguir la autobiografía de la novela por la presencia o ausencia, respectivamente, del pacto autobiográfico, presenta una nueva defensa del psicoanálisis y concluye explicando que el título del capítulo se refiere al objeto de la escritura autobiográfica, que no es, simplemente, el hombre particular, sino el Hombre.

En los estudios de Rousseau y Stendhal opone Hernández los móviles de ambos para escribir su obra autobiográfica: el del primero, el fracaso de su discurso filosófico, frente a la constante necesidad interna de escribirse del segundo.

Cierra el libro una bibliografía que, por contener a gran parte de los estudios tradicionales de la escritura autobiográfica, puede resultar de gran utilidad para los lectores interesados por la cuestión.

La obra se muestra como un válido intento de acercamiento al hecho literario de la escritura autobiográfica. Dada su concepción globalizante, no profundiza en el análisis de un determinado aspecto del objeto, sino que éste es abordado desde una perspectiva abierta y plural, lo que permite a este trabajo erigirse en pórtico privilegiado para todos aquellos que se sientan inclinados a adentrarse en el mundo de la escritura intimista, que, como toda actividad artística, nunca llegará a desvelarse por completo a la mirada más penetrante.

MARÍA BADIOLA